

EMPLEO DE PASIÓN

«Está usted apasionado—me dijo—y no cabe hablar con usted serenamente de esto de la guerra.» Y yo no le contradije, porque, en efecto, la guerra ha llegado a apasionarme y no hay por qué tape mis sentimientos. Dicen, ya lo sé, que pasión quita conocimiento; pero quisiera yo saber qué conocimiento que merezca ser conocido puede lograrse sin alguna pasión. He de repetir una vez más aquella sentencia, inversa a la tan mentada de la escuela, de que no cabe conocer nada que no se haya antes querido?

¡Sí, sí; hay una moda antirromántica—ya me entendéis lo que quiero decir—de execrar los que llaman sentimientos vagorosos, los impulsos, los anhelos, y nos vienen con la cantilena de la mesura, y la serenidad, y la objetividad. Pero de morirme prefiero que sea achicharrado a no arrecido.

Pero ahora se trata de otra cosa. «Parece mentira—me dijo después el censor—que haya tantos españoles que parezcan interesarse por eso de fuera más que se interesan por nuestras cosas de dentro.» Pude haberle retrucado que eso de fuera y de dentro no es tan claro como a primera vista parece, ni mucho menos; que hay cosas que pasando fuera, lo que se dice así en el sentido geográfico o de espacio, nos tocan muy en lo íntimo, y cosas que ocurriendo acá, dentro de los linderos del cuerpo de la patria, nos caen por fuera. Es como un hombre que a la vista de un tremendo duelo de dos de sus prójimos olvida su propio dolor de muelas.

¡Es que aquí tenemos más que dolores de muelas!, dirá el censor. ¡Bah! No ha de negarse que aquí hay dolores y miserias, como en todas partes; pero lo que hay más son pequeñeces, ramplomerías y modorra. No es que las cosas anden mal; es que no andan. Todo es chico, hasta la miseria.

Acaban de verificarse, por ejemplo, elecciones para cubrir vacantes en esas llamadas Diputaciones provinciales. ¿Es que eso tiene importancia alguna nacional? ¿Es que va ningún español que tenga conciencia de patria, conciencia de españolidad, a distraer su atención de la tragedia de fuera para fijarla en ese ridículo sainete de dentro? El que venzan en la gran contienda europea unos u otros interesa a España más, mucho más, que el que en esas elecciones haya obtenido mayoría uno u otro partido. Es más; aquello le interesa y esto no, ni poco ni mucho. Voy más lejos, y es que creo que es perfectamente indiferente que nos gobiernen quienes nos gobiernan o quienes les hayan de suceder. Y si me apuran mucho diré que es lo mismo que no nos gobierne nadie. Que es lo que de hecho ocurre.

¡Claro está que las elecciones les importan a los que en ellas se meten y llegan hasta gastarse unos miles de duros para darse luego postín con el gloriosísimo título de diputado provincial! Pero estos son asuntos de familia de los que los demás nunca debemos hacer caso. Y nuestros partidos son familiares, estrictamente familiares, domésticos. Con todas las de la ley de nuestra domesticidad española.

Ahí se fuera se ventila, a cañonazos, ideales, digan lo que quieran los pesimistas. ¡Y si

aquí se ventilara a papeletazos realidades! ¡Pero ni esto! No se ventila, en rigor, nada. Bien dicen que de Pedro a Diego no va un dedo. Y es porque ni Pedro es Pedro ni Diego es Diego. O mejor, no son más que nombres.

«Pero tú ¿para qué quieres ser diputado a Cortes?», le pregunté una vez a un antiguo amigo y condiscípulo que solía sentarse en el Congreso, donde jamás hablaba—como no fuera para decir sí o no—ni daba que hablar. Y me contestó: «Pues, mira, para tener entrada gratis sin tener que andar solicitándola de otro; para sentarme por derecho propio en cómodo escaño, de donde asisto a la función que me divierte. Prefiero las sesiones de Cortes a las corridas de toros, o a las funciones del circo, o a una piececita del género chico—¡qué más género chico, más género y más chico!—, y vale la pena de lo que me gasto en una elección por mi talanquera de escaño. Hago cuenta que pago un abono.» No supe qué responderle al pronto.

Pero, sí, hoy sé lo que debí entonces haberlo respondido. Y es que esa función a que él, como espectador de dentro, asistía, podría interesar a uno que no sea un aburrido o un trastornado si hubiese en ella pasión, esa pasión que dicen que quita conocimiento. Pero la comedia, es tal que lo más ridículo de ella es cuando suenan truenos, porque ni se cuidan de esconder la caja que entre bastidores los produce. Y si hay relámpago se ve que es de bengala o como esos con que de noche se impresionan placas fotográficas.

Todos se ponen en postura para cuando estalle el fogonazo. Y algunos salen con los ojos cerrados. Y otros riéndose en plena tempestad.

Para un público avezado no hay nada más cómico y hasta más bufo que un melodrama repetido muchas veces. Cuando se sabe en qué ha de parar la conjuración, ésta es profundamente grotesca. Y ni siquiera hace reír.

Y como esa comedia política es casi todo lo demás. Por darnos importancia y dar importancia a nuestra patria, unos cuantos señores que necesitamos llamar la atención del público hacemos el papel de profetas, generalmente jeremíacos, y de salmistas y hasta de apocalípticos, y empezamos a gemir y pregonar: «¡Aquí se está mal, muy mal; vamos a la ruina! ¡Esto no puede durar mucho! ¡Este país está perdido! ¡La decadencia es espantosa! ¡Esto ya no tiene remedio! Y así se viene diciendo hace tiempo, y esto no está, al parecer, ni mal ni bien, sino que está, meramente estar, está estando, y no vamos ni a la ruina ni a otra parte alguna, ni se decae, ni a nadie, en el fondo, le importa un pitoche del remedio. Vamos viviendo. Que es como quien dice: «Se vive!» Y la cuestión es pasar el rato.

¿No os hablé una vez de los filósofos del silencio, de aquellos admirables no pensadores de la escuela del bobo de Coria, que han llegado al colmo de la filosofía teórica, que consiste, no en pensar que no se sabe ni siquiera que no haya nada, sino en no pensar nada del todo? Pues en el orden práctico hay una posición correlativa, y es la de no hacer nada. Y hay muchos, pero muchos, que pareciendo hacer algo, no hacen absolutamente





te nada. Ni siquiera sacudirse las moscas cuando se sanean. Y sabido es que el demonio, ante activísimo, cuando no tiene que hacer, que es muy pocas veces, con el rabo mata moscas. Otros, en cambio, las papan.

¿Y queréis que el soñoliento sainete interior nos aparte de ver, con el corazón palpitante, la tragedia de fuera? Nuestra suerte, nuestra verdadera suerte, se está acaso jugando fuera y no dentro. Quiéno decir nuestra suerte espiritual, el curso que haya de seguir el caudal de nuestras ideas. Si es que tenemos ideas fluyentes, de las que corren, y riegan, y sirven de motores.

Sí, ya lo sé; de vez en cuando, hay hasta motines. Pero los motines mismos suelen ser ridículos, de siesta. Pequeños ataques epilépticos, hijos de debilidad, que no de fuerza.

Y bien: los que tenemos un repuesto de pasión que busca plábulos y salida y no nos gustan las corridas de toros, ¿con qué vamos a alimentarlo para que no nos destruya y nos reseque el corazón? ¿Vamos a cometer acaso el crimen pasional de la semana, el consabido crimen que cometen esas pobres almas encendidas e ignorantes, que no encuentran ni en el ambiente ni dentro de sí, en el mundo de sus ideas, dónde jugar a la tragedia? ¿Nos vamos a arrojar de cabeza a la charca helada de nuestra política nacional, a riesgo de rompernos aquélla antes de con ella romper el témpano de la sobrehaz de la charca y antes de acarambanarnos en ésta?

Sí; es muy fácil decir que las pasiones debemos reservárlas para las cosas de dentro, cuando el caso es que estas cosas de dentro no merecen que nadie se apasione por ellas. Necesita, uno llevar dentro de sí un mundo entero, un mundo de imágenes, de ilusiones, de ensueños, de anhelos, para no arrojarse de tédio en medio de estas pequeñas luchas interiores, de pequeñas vanidades personales, insatisfechas siempre.

«Ya ni fuerza para indignarse queda aquí» —me decía un amigo a menudo—. Y yo, solía responderle: «¿Indignarse? ¿Y de qué?» Porque ni indignación pueden provocar ciertas travesuras. Y los progresos de la civilización en nuestra patria hasta hacen imposible el que surja ya un gran bandido; uno que merezca pasar, envuelto en leyenda y en pliegos de cordel, a los siglos venideros. Hay quien echa de menos los tiempos de José María y de Diego Corrientes, y no seré yo, seguramente, quien se lo reproche.

«... Y aquí no ha pasado nada...». Así se dice después que se liquida una travesurilla cualquiera. No, no es que no ha pasado nada en ese sentido en que se dice así; es que de hecho no pasa nada. Hasta lo irregular es regular; la regla no consta más que de excepciones que la confirman.

Y repito: cuando a la puerta de casa se me ofrece una tragedia, ¿voy a dejar de asomarme a ella y poner con mis ojos mi corazón en la terrible escena, para encerrarme dentro de mis paredes y rumiar el pasto amargo y seco de nuestro picaresco sainete casero? No puede ser.

Miguel de UNAMUNO.

